

ciones en que había intervenido el clero ó en que las noticias falsas habían podido ejercer alguna influencia, y aprobando las del departamento vecino en que se habían producido las mismas intervenciones y se habían cometido iguales abusos.

Antes de ser llamado á votar, el 26 de diciembre, sobre los créditos del Tonkin y de Madagascar, que adoptó por 212 votos contra 59, había tenido que pronunciarse sobre numerosas leyes económicas relativas á los delegados mineros, á la libertad del tipo del interés en materia comercial, al monopolio de las pompas fúnebres concedido á las fábricas de las iglesias, y había tenido también que ratificar, muy tardíamente por cierto, el tratado de comercio concluido el 15 de enero de 1885 entre Francia y el rey de Birmania. El rey Thibó había concedido á una compañía francesa el privilegio de la explotación de sus bosques quitado á una compañía inglesa. El gabinete de Londres había protestado, sin que Thibó hiciese caso de las protestas y los ingleses habían apelado á los grandes argumentos: el 28 de noviembre el general Prendergast penetró en Mandalay con un pequeño ejército, dictó la ley á Thibó y anuló la influencia francesa en Birmania.

En el departamento ministerial de Goblet, dos medidas importantísimas inauguraron la reforma de la enseñanza superior, entrevista por Waddington y por Ferry y que no había de completarse hasta julio de 1896.

Un decreto de 25 de julio de 1885 autorizó á las Facultades á recibir donativos, legados y subvenciones, á administrar sus recursos, á discutir y redactar los programas de los cursos y á presentar candidatos para el decanato. Era un principio de autonomía dada á las facultades que se hallaban desde 1808 estrechamente subordinadas á la administración central. Dióse un nuevo paso por este camino en virtud de otro decreto de 28 de diciembre que creó en cada capital académica un Consejo general compuesto de representantes de cada Facultad ó Escuela de enseñanza superior, elegidos en parte por la Facultad ó por la Escuela, presidido por el rector y encargado de repartir entre las Facultades los fondos destinados á los servicios comunes.

El mismo día en que se firmó el decreto de diciembre, reunióse en Versalles el Congreso, y después que la derecha hubo retrasado sus trabajos con un violento tumulto como protesta contra la ausencia de los diputados invalidados, reeligió á Grevy para la presidencia de la República por cien votos menos que en 1879. Brissón, que no era candidato, reunió 68 sufragios. Los temores que hacía concebir la composición de la Cámara no eran ajenos á la reelección de Grevy. Pero los republicanos moderados, los que más disgustos debían al presidente de la República, eran hombres de gobierno, poco dados al rencor por disciplina y por sentimiento de las necesidades políticas, y perdonaron fácilmente á Grevy sus faltas, que eran también las de su camarilla. Por otra parte, dado el estado de ánimo de los 383 diputados republicanos, en 21 de diciembre de 1885 era difícil encontrar otro candidato mejor que Grevy para la presidencia de la República.

Reelegido en los Vosgos con toda la candidatura republicana, Julio Ferry se hallaba aún bajo el peso de las iras y de los odios que habían determinado su caída el 30 de marzo y de una impopularidad que había

de tardar ocho años en disiparse nada más que en parte. A Brissón se le hacía responsable del resultado de las elecciones de octubre y de faltas que no había cometido, amén de que sus ideas eran algo más avanzadas que las de la mayoría del Congreso y, sobre todo, más avanzadas que las de la mayoría del país. Clemenceau sólo tenía influencia en una mínima fracción del partido radical; en el país su autoridad era limitada y su programa parecía poco tranquilizador. Freycinet tenía en contra la ruina parcial de la influencia francesa en Egipto y más recientemente su adhesión á la política de conservación colonial. Sadi-Carnot, que aún llevaba pocos meses de ministro, había representado un papel muy modesto en el poder, y como diputado, las órdenes del día de confianza que solían llevar su firma no eran propias para recomendarlo entre los radicales y los intransigentes. Floquet no había sido nunca ministro, y los recuerdos de 1867 le vedaban el primer puesto del Estado. El nombramiento de Julio Grevy se imponía, pues, casi fatalmente á falta de otro candidato presidencial que tuviese suficientes probabilidades de éxito, así es que se le votó sin entusiasmo, pero sin vacilación.

El 29 de diciembre, Brissón entregó la dimisión del gabinete al presidente de la República, y se cerraron las Cámaras. Al final de 1885, en que se habían renovado todos los poderes públicos, Francia se encontraba en presencia de un presidente anciano, de un Senado excelente, de una Cámara sin mayoría y de un gabinete dimitente; el cansancio, el desaliento y la incertidumbre del porvenir reinaban en todas partes; el país no tenía ni la conciencia de sí mismo, ni la energía perseverante que constituye la fuerza de las naciones: la hora crítica de la República había llegado.

Radical por las personalidades de Brissón, Goblet, Freycinet y Legrand, el gabinete del 6 de abril había sido oportunista por sus actos. Después de haber prestado al país los servicios que de él se esperaban, Brissón dejó el poder, sin amargura ni recriminaciones, con la dignidad tranquila que no le abandonó jamás. No se pronunciará su nombre en las innumerables combinaciones ministeriales que van á elaborarse en adelante; su voz temblando de dolor y de indignación no se hará oír sino cuando el cesarismo renaciente amenazará su ideal de razón, de moralidad y de justicia.

XVI

Era preciso que el partido republicano tuviese mucha escasez de hombres para que después de la retirada de Brissón, en ausencia de todo principio y de toda dirección, se volviese á apelar casi fatalmente á Freycinet. Su plan de obras públicas, tan oneroso para el Tesoro, su actitud en frente de las congregaciones en 1880, las faltas de su política exterior en 1882, hubieran debido mantenerlo largo tiempo alejado del poder. Otros lo estuvieron para siempre por errores menos graves; pero no tenían la maravillosa flexibilidad de Freycinet, no eran tan hábiles como él en marchar por entre los escollos parlamentarios, en hacer desviar los golpes, en enredar á los contradictores, en salir ilesos de las refriegas más confusas, en obtener en una sola sesión dos y hasta tres mayorías diferentes, haciendo

que votaran en favor del gabinete, primero la derecha y la extrema izquierda, luego la izquierda moderada y la izquierda radical, y, por último, todas las izquierdas. Era el único capaz de aquellos ejercicios de prestidigitación parlamentaria en una asamblea en que coexistían tres minorías de igual fuerza. Pero también era incapaz de ejercer una acción duradera sobre los 200 diputados de la izquierda moderada y de atraer hacia ellos, para constituir con todos una verdadera mayoría gubernamental, á los 60 ó 80 miembros de la izquierda radical que hubiera sido posible retener con un poco de firmeza y de carácter.

Gambetta había predicho una era de dificultades, y lo que había empezado constituía una era de peligros, que Freycinet era incapaz de conjurar. El público lo echó ya de ver el 7 de enero de 1886, al enterarse del extraño ministerio que había formado. Tomando con la presidencia del Consejo los Negocios extranjeros y los países de Protectorado, Freycinet conservaba del anterior ministerio á Goblet en Instrucción pública, á Sadi-Carnot en Hacienda, á Demóle, que pasaba de Obras públicas á Gracia y Justicia, y á Sarrien, que cambiaba los Correos y Telégrafos por el Interior. Los nuevos ministros eran Baihaut en Obras públicas, Develle en Agricultura, Granet en Correos y Telégrafos, Lockroy en Comercio, con la agregación de la Industria, el almirante Aube en Marina, y en Guerra un general poco conocido fuera de la camarilla de Clemenceau, que iba á adquirir nombradía en la especialidad del militar político.

De todo había en aquel ministerio heterogéneo é incoherente; había republicanos gubernamentales como Sadi-Carnot, Develle, Demóle y Baihaut; había políticos que se habían adherido al programa del Gran Oriente, como Lockroy, Granet y Peytral, subsecretario de Hacienda. Había, en fin, hombres como Sarrien y Goblet, que se mantenían en las fronteras que separaban la izquierda radical de la izquierda gubernamental, y que lejos de servir de lazo de unión entre estas dos grandes fracciones del partido republicano, no aportaban al gabinete más voto que el suyo personal, de modo que el presidente del Consejo tenía á menudo que buscar apoyo casi en los confines de la extrema izquierda.

Floquet no fué elevado nuevamente á la presidencia de la Cámara más que por 243 votos; menos de la mitad de los diputados. Grevy dirigió un Mensaje al parlamento tan pronto como se hubo constituido. Después de haber manifestado que la República era más que nunca el gobierno necesario de Francia, el único que podía durar, porque se hallaba apropiado á un estado democrático y el único conciliable con la soberanía nacional, Grevy decía que la estabilidad ministerial era necesaria para la buena administración de los intereses públicos, para la dignidad del gobierno republicano, para su crédito y su consideración en el mundo. ¿Qué hacía falta para asegurar aquella estabilidad? Una mayoría gubernamental. Esta era la imperiosa necesidad del momento. Y para constituir aquella mayoría el presidente de la República aconsejaba, á su vez, la política de concentración.

La Declaración ministerial emitía una verdad más contestable, cuando decía que ningún gobierno podía

durar sin el apoyo de todas las fracciones de la mayoría republicana. Tal fué, sin embargo, el arduo problema cuya solución trató de hallar Freycinet. Este expuso en su programa una política puramente oportunista, sin dejar de hacer insinuaciones significativas á los radicales más avanzados. Habló de restablecer el equilibrio en los presupuestos procediendo, no por empréstitos ni por nuevas contribuciones, sino por economías y combinaciones de impuestos; anunciando que los gastos del protectorado de Anam, reducidos en 1886 á 75 millones, bajarían en 1887 á 30 millones y acabarían por extinguirse gradualmente, y declarando que el presupuesto extraordinario iba á desaparecer. Las medidas relativas á la suerte de los trabajadores, las leyes militares, la revisión del procedimiento civil y criminal y las leyes de enseñanza hubieran podido figurar también en el programa más moderado. La promesa de restablecer el orden y la disciplina en la administración era un semicompromiso contraído con los ansiosos de espurgo. La frase sobre el clero: «que debe encerrarse en el papel que le trazan su misión y la naturaleza de las cosas,» era propia para satisfacer á los anticlericales, del mismo modo que la frase sobre las expediciones remotas, «fuente de sacrificios cuya compensación no siempre se ve clara,» debía satisfacer á los adversarios de la expansión colonial. ¿Cómo fué acogido este programa por las diferentes fracciones de la Cámara? La sesión del 21 de enero lo va á decir.

El ministro de Gracia y Justicia había hecho indultar por el resto de su pena á Luisa Michel, al príncipe Kropokine y á otros anarquistas de menor notoriedad. Sin embargo, Rochefort y once de sus colegas presentaron una petición de amnistía. El gobierno, por boca de Goblet, combatió enérgicamente la urgencia sobre dicha petición, á pesar de lo cual la urgencia fué adoptada por 3 votos de mayoría, merced á la coalición de la derecha con 80 diputados de la izquierda. La derecha esperaba que la amnistía comprendería los numerosos delitos electorales cometidos por sus partidarios en 1885. Cuando se trató de votar sobre el fondo y de amnistiar únicamente á los anarquistas, se unió á la izquierda moderada y la proposición fué desechada por 335 votos contra 111 de la izquierda. El gobierno no había planteado la cuestión de confianza, á fin de no poner en un apuro á los ministros ó subsecretarios que se habían pronunciado en favor de la amnistía: tres de ellos, Lockroy, Granet y Peytral, se abstuvieron de votar. Estas dos votaciones, en el intervalo de quince días, explicaron con la mayor claridad la situación parlamentaria: una derecha de 180 á 200 diputados siempre dispuesta á emitir votos revolucionarios; una unión de las izquierdas de 200 miembros muy decididos á apoyar á un gobierno; una izquierda radical de 100 miembros muy apurados entre sus simpatías por un gabinete en que estaba bien representada y su fidelidad á los hábitos de oposición, y finalmente una extrema izquierda revolucionaria, tan indiferente á la suerte del gabinete como á la elección de las alianzas.

En vano se hubiera esperado de una asamblea tan dividida una política reformadora; la legislatura ordinaria y la extraordinaria de 1886 se pasaron en interrelaciones y en agitaciones que recordaron las de los primeros meses de 1883, hasta el día en que la impru-

dencia de un diputado de la derecha, el Sr. de Lanjuinais, volvió á poner sobre el tapete la cuestión ya olvidada de los pretendientes. Las interpelaciones que tuvo que soportar el gabinete fueron 18: 14 ó 15 en la Cámara y 2 ó 3 en el Senado. Sólo citaremos una ó dos, como ejemplo de aquellas órdenes del día de doble faz en que el equívoco ocultaba la falta ó la insuficiencia de confianza.

La quiebra de la *Unión general*, en 1882, había ocasionado una crisis, económica que no se limitaba á Francia. Grandes industrias habían tenido que restringir su producción ó reducir los salarios, y la clase obrera sufría mucho. El 26 de enero, prodújose en Decazeville una huelga de 2.000 mineros, siendo asesinado el director de la explotación en presencia de las autoridades impotentes. En un mitin celebrado en París, al cual asistían tres diputados socialistas, los asesinos del infortunado Watrin habían sido calificados de «justicieros.» Dos de dichos diputados interpelaron al gobierno el 11 de febrero. La Cámara manifestó su confianza en la solicitud del gobierno por los intereses de los trabajadores y en su energía para garantizar la seguridad pública.

Momentáneamente apaciguada, la huelga de Decazeville se había reanudado, pacífica esta vez, y el gobierno fué objeto de una nueva interpelación, el 11 de marzo. Después de una contestación del ministro de Obras públicas, la asamblea desechó sucesivamente ocho órdenes del día, inclusa la que el gobierno había aceptado, y, cansado ya, hizo aplazar la continuación de la discusión para el 15 de marzo. Llegado este día, la Cámara recordó el compromiso contraído por el gobierno de revisar la legislación minera y manifestó la confianza de que sabría «inspirarse en la necesidad de garantizar los derechos del Estado y los intereses del trabajo.» Esta fórmula equívoca reunió 353 votos contra 89. En cuanto á la huelga de Decazeville, más bien estimulada que contenida por las imprudentes promesas del gobierno, continuó aún durante largos meses.

Otros incidentes deplorables, cuya responsabilidad no puede atribuirse toda al gobierno, se habían producido en Chateauvillain, departamento del Isere. Existía en el edificio de aquella manufactura de sederías una capilla no autorizada. Invitado á llenar las formalidades legales, el director negóse á ello, y cuando la autoridad quiso penetrar en la manufactura para poner precintos, fué recibida á tiros de revólver. Los gendarmes contestaron, resultando heridos el director y una muchacha, y muerta en seco otra joven de un balazo. El director y el cura que habían excitado á la resistencia comparecieron ante la Audiencia y fueron condenados á 200 francos de multa. Ocioso es decir que la oposición sacó partido de estos incidentes para atacar al gobierno. La falta de éste había consistido en no recurrir desde un principio á la vía judicial, en vez de recurrir á la vía administrativa, para imponer al director Fischer y al cura Guillaud el respeto á la ley.

El 13 de abril se produjo en la Cámara la interpelación sobre el suceso de Chateauvillain. El 27 de marzo anterior había terminado la discusión sobre la interpelación relativa á las tarifas de ferrocarriles, presentada un mes antes por los Sres. Jamais y Thevenet. La tarifa kilométrica á base decreciente había hecho dismi-

nuir el precio de recorrido de ciertos objetos y aumentar el de otros: tal fué el pretexto de la interpelación, que permitió discutir de nuevo los convenios de 1883 y tuvo por conclusión el aumento del número de los individuos de la comisión parlamentaria de ferrocarriles.

En febrero, un diputado monárquico, el señor de Lanjuinais, había soltado la fanfarronada de pronosticar la substitución de la República por la Monarquía. La predicción no merecía ser tomada en serio y, al salir de la sesión en que había sido pronunciada, ya nadie se acordaba de ella. Algunos diputados y no de los más violentos, entre ellos los Sres. Duché y Viette, forjándose quiméricos temores, auto-sugestionándose á sí mismos, tomaron por lo trágico los vaticinios del diputado de la derecha y trataron de conjurar aquel peligro imaginario presentando una proposición encaminada á la expulsión de los príncipes. Querían que se volviese á poner en vigor las leyes de 10 de abril de 1832 y 26 de mayo de 1848 concernientes á la familia Bonaparte y á los príncipes de la casa de Borbón. Sorprendido por aquella proposición, el gobierno hizo vanos esfuerzos por convencer á Duché y á sus colegas de la conveniencia de retirarla.

Otros diputados, como Rivet, intervinieron, pidiendo que se inscribiese en una ley el derecho de expulsión que el gobierno declaraba poseer. La cuestión quedaba planteada y de nadie dependía ya enterrarla. Aquellos á quienes amenazaban las proposiciones intervenían, y el más revoltoso de todos, el príncipe Napoleón, aprovechaba la coyuntura para decir las verdades del barquero á los republicanos y á los Borbones, que procuraba separar de los Bonaparte. A éstos los presentaba como respetuosos servidores de la soberanía nacional, y á los otros como traidores á la Revolución.

Las proposiciones Duché y Rivet se pusieron á discusión el 4 de marzo: el presidente del Consejo hizo valer contra ellas, no razones de principio, sino razones de oportunidad; declaró que tenía en manos los poderes necesarios para conjurar los peligros que podían amenazar á la República, y las dos proposiciones fueron desechadas.

Pasaron dos meses después de esta sesión en que Freycinet se había revelado como un táctico parlamentario de primer orden, y empezaron las vacaciones el 25 de abril. Durante estas vacaciones circuló el rumor de que el conde de París daba su hija en matrimonio al presunto heredero de la corona de Portugal. Al confirmarse el rumor, el Sr. Billot, ministro en Lisboa, ejecutando las instrucciones de Freycinet, dirigió las felicitaciones cortesés del gobierno francés al gobierno portugués por un matrimonio que no podía menos de estrechar los lazos de amistad entre ambas naciones. El 15 de mayo, en su magnífica residencia de la calle de Grenelle, en el hotel Galliera, el conde de París, con motivo del casamiento de su hija, dió una gran fiesta, á la que asistieron todos los individuos de su familia, la flor y nata de la sociedad parisiense y algunos republicanos. Los representantes de las potencias extranjeras en París habían declinado la invitación. La fiesta hubiera pasado casi inadvertida si los periódicos del partido y las revistas mundanas no hubiesen dado gran importancia á la recepción.

La tentativa de restauración monárquica había fracasado en 1873, siendo monárquicos el presidente de la República y la mayoría de la Asamblea única; había fracasado también en 1877, cuando el jefe del poder ejecutivo sólo tenía para sostenerlo una mayoría de unos cuantos votos muy inciertos en la asamblea elegida por el sufragio restringido; no era, pues, de temer en 1886, cuando todos los poderes públicos pertenecían á los republicanos. Sin embargo, no lo creyó así el Consejo de ministros, que deliberó durante ocho días sobre las medidas que convenía tomar contra los pretendientes, y el 27 de mayo, dos días después de la reapertura del parlamento, el ministro de Gracia y Justicia presentó un proyecto de ley cuyo artículo 1.º autorizaba al gobierno para prohibir el territorio de la República á los miembros de las familias que habían reinado en Francia. La expulsión, facultativa, debía ser pronunciada por un decreto del ministro del Interior, acordado en consejo de ministros. La comisión nombrada para el examen del proyecto se componía de seis miembros favorables á la expulsión total y obligatoria y cinco miembros opuestos á toda especie de expulsión: ninguno de ellos se pronunció en favor de la expulsión facultativa imaginada por el gobierno. Hubo largas y enojosas discusiones en que la mayoría de la Comisión y el gobierno se contradijeron sucesivamente. La mayoría, favorable al principio á la expulsión general, consintió luego en adoptar un contraproyecto del Sr. Brousse que no expulsaba más que á los jefes de las familias reales ó imperiales y á sus herederos directos por orden de primogenitura, y autorizaba al gobierno á no expulsar á los demás miembros de estas familias sino en el caso de que pusieran en peligro las instituciones republicanas. La mayoría, sin darse cuenta de la inconsecuencia en que caían aquellos republicanos sancionando el orden de sucesión al trono establecido por la Carta y por las Constituciones imperiales, adoptó el artículo 1.º del proyecto Brousse relativo á los jefes de las expresadas familias y á los herederos directos; respecto á los herederos indirectos, la Comisión dejaba al gobierno la facultad de autorizar la residencia de los que juzgase inofensivos. Freycinet rehusó el regalo que la Comisión quería hacerle, y la mayoría de ésta, volviendo á su primera idea, se pronunció por la expulsión obligatoria, inmediata y total. Pelletán, nombrado ponente, declaró con una fuerza de lógica invencible que había que expulsar á todo el mundo ó no expulsar á nadie.

Pero es raro que la lógica prevalezca en una asamblea política, sobre todo cuando se trata de cuestiones como la que se agitaba el 10 y el 11 de junio: todos los republicanos, aun los que en su fuero interno desaprobaban la medida propuesta, se hallaban moralmente obligados á votarla y se pronunciarían evidentemente por la expulsión limitada como por un mal menor. El discurso prodigiosamente hábil de Freycinet contribuyó mucho á este resultado: después de haber refutado el argumento de los que reclamaban el derecho común para los príncipes, como habían reclamado el derecho común para los congregacionistas no autorizados, demostrando que los príncipes no eran ciudadanos como los demás, pues no podían ser presidentes de la República, ni senadores, ni diputados, el orador del gobier-

no, dejando á un lado á los Bonaparte, de quienes nadie hacía gran caso, probó que los Borbones se hallaban fatalmente condenados por su cuna, por sus relaciones, por las abnegaciones interesadas lo mismo que por las amistades sinceras, á ser pretendientes. Después de este discurso, el contraproyecto Brousse fué adoptado en su primitiva forma por 315 votos contra 232. El artículo 1.º hacía la expulsión obligatoria contra los jefes de familia y su heredero directo, y el artículo 2.º la dejaba facultativa contra los demás miembros de las familias reales ó imperiales.

En el Senado, donde la discusión ocupó las sesiones de 21 y 22 de junio, Freycinet encontró adversarios más temibles que en la Cámara en los Sres. Auidiffret-Pasquier, Julio Simón, León Renault y Bardoux; el presidente del Consejo reprodujo su discurso de la Cámara, transportándolo, apropiándolo al medio ambiente, y consiguió el mismo éxito.

El artículo 4.º de la ley de 22 de junio establecía que los miembros de las familias que habían reinado en Francia no podían formar parte del ejército ni de la marina, ni desempeñar ninguna función pública, ni ejercer ningún mandato electivo. Conforme á este artículo, el duque de Aumale y el duque de Chartres fueron dados de baja en el ejército. El duque de Chartres apeló ante el Consejo de Estado; el duque de Aumale acudió á la misma jurisdicción y dirigió además al presidente de la República una carta que motivó su exclusión. El 12 de julio, Keller en la Cámara, y tres días después Chesnelong en el Senado, interpelaron al ministro de la Guerra sobre la exclusión de los duques de Chartres y de Aumale del ejército. El general Boulanger obtuvo dos votos de confianza: en la Cámara por 351 sufragios contra 172, y en el Senado por 152 contra 79; hasta alcanzó un triunfo personal en la Cámara haciendo el proceso del duque de Aumale, general de división á los veintidós años, merced á la rapidez de sus ascensos. La Cámara votó la fijación del discurso del ministro de la Guerra, y el nombre de Boulanger, desconocido el día antes, fué propalado por 36.000 municipios.

Resultaban expulsados cinco príncipes, y durante cinco meses todo trabajo útil había sido poco menos que interrumpido en una de las dos Cámaras. Aquello no compensaba esto, y los resultados ulteriores demostraron bien la falta cometida por el gobierno en la presentación de esta ley. Después de la expulsión de los príncipes, el espíritu público, dirigido por periodistas sin responsabilidad y por republicanos intransigentes, se entusiasmó por un militar á quien los últimos acontecimientos habían dado notoriedad, y entonces comenzó aquella prodigiosa popularidad del general Boulanger que hubiera puesto en grave peligro á las instituciones, si los republicanos sensatos no hubiesen acudido á protegerlas.

Sin haber cumplido los cuarenta y ocho años de edad en el momento de ser llamado á regentar el ministerio de la Guerra, el general de división Boulanger había hecho una carrera militar gloriosa y excepcionalmente rápida. En Kabilia, en Turbigio, en Indo-China, en Champigny, en el ejército de Versalles, en Túnez, mostró el más brillante arrojo y conquistó su tercera estrella en 1884. Director general de infantería durante dos